

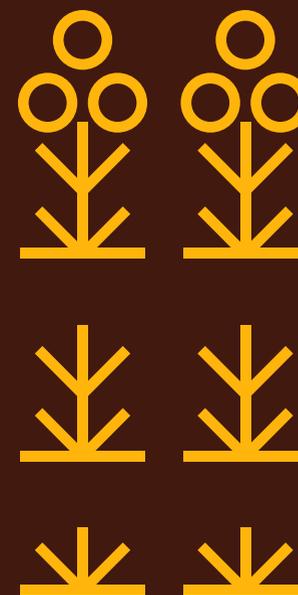
Leila Guerriero (1967, Argentina). Periodista. Su trabajo se publica en diversos medios de América Latina y Europa, como *El País*, de España; *La Nación* y *Rolling Stone*, de Argentina; *Gatopardo*, de México; *L'Internazionale*, de Italia, entre otros. Es editora para América Latina de la revista mexicana *Gatopardo*. Integra el Consejo Rector de la Fundación Gabo, la cual promueve el periodismo iberoamericano. Publicó los libros *Los suicidas del fin del mundo*, *Frutos extraños*, *Plano americano*, *Una historia sencilla*, *Zona de obras*, *Opus Gelber*, *Teoría de la gravedad* y *La otra guerra*. Recibió los premios Cemex-FNPI, González Ruano, Blue Metropolis Literary Grand Prix y Manuel Vázquez Montalbán al Periodismo Cultural y Político. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, alemán, polaco, italiano y portugués.

Por invitación de Grupo SURA, en 2022 escribió *Un jardín en el tiempo*, reflexión suscitada a partir de *Cándido o el optimismo*, de Voltaire.

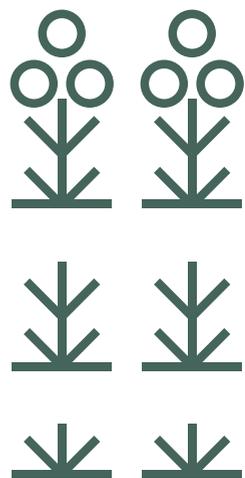


Un jardín en el tiempo

LEILA GUERRIERO



HABITAR LAS CONTRADICCIONES



Un jardín
en el tiempo

LEILA GUERRIERO

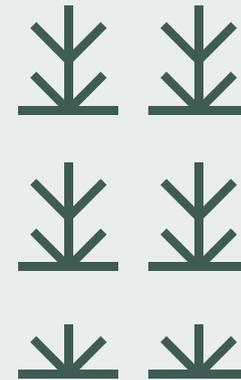
Una luz en la incertidumbre

PRÓLOGO

GONZALO ALBERTO PÉREZ
Presidente Grupo SURA

UNA LUZ EN LA INCERTIDUMBRE

PRÓLOGO



Sucede, de cuando en cuando, que nos situamos a la orilla de las páginas de un libro como quien se sienta en la playa a orillas de un mar conocido que nos recuerda, ola tras ola, aquella popular sentencia de Heráclito: «Nadie se baña dos veces en el mismo río». Esa es la virtud de los clásicos: los podemos leer siempre como si fuera la primera vez, porque entre sus palabras, visitadas y vistas por tantos, siempre encontramos nuevos mensajes. Al final del día, un libro también es el momento en el que lo leemos.

Por eso hoy traemos a sus manos *Cándido o el optimismo*. El relato de un hombre que, con su nombre, bautiza una forma de estar en el mundo. Reeditar a Voltaire en conversación con la reflexión presente en *Un jardín en el tiempo*, de la cronista Leila Guerriero, sin duda es un elogio de la candidez en este instante de la historia en el que nos ha correspondido existir. Una cualidad entendida más allá de lo que cita una definición «sin malicia ni doblez», puesto que, como consta en este magistral relato del siglo XVIII, la candidez es un canto constante para reconocernos a nosotros mismos.

Hablamos aquí de una suerte de abandono al devenir, que no es entrega sino aceptación y comprensión. Me visita un recuerdo de décadas atrás, en alguna planicie del campo colombiano, donde me crucé con un campesino y al comentarle de las inclemencias de un verano que empezaba a ser sequía y del que pensaba él era víctima, me contestó, sin preguntarle, que todo lo que estaba pasando habría de servirle a alguien. Eso nos trae a Cándido, aprendiendo de su maestro, el doctor Pangloss, quien sabe ver y encontrar atributos en la dificultad.

Cándido es un hombre que puede ser todos los hombres, Cunegunda es una mujer que puede ser —también— todas las mujeres. Porque una historia puede guardar, a la vez, tantas historias. Las pasiones, los sentimientos y las decisiones están hechos de la misma materia que las ilusiones, las esperanzas y las certezas. Podemos verlo si miramos atrás, libro a libro, la historia de la humanidad. Los seres humanos seguimos siendo los mismos seres humanos. Todos tenemos noticia de lo que sucedió en Troya por Helena, y siglos después de aquella narración todavía nos visitan caballos de Troya.

Estamos íntimamente emparentados con el pasado, habitan allí las claves para asumir el futuro. Como bien lo señaló alguna vez la socióloga María Teresa Uribe de Hincapié, las ciencias sociales se diferencian de las ciencias exactas en el hecho de no ser lineales. Los progresos de la química y la física de hoy son la base de los avances en física y química del día por venir. De hecho, nadie está reescribiendo a esta hora la ley de la gravedad. En cambio, las ciencias humanas vuelven la vista atrás para entender, para entendernos. Estas páginas de Voltaire son una forma de encender una luz en medio de la incertidumbre, que es gran protagonista de los tiempos que vivimos, como lo evidencia Leila Guerriero en su ensayo. El minuterero del reloj nos señala que esta es la hora de las inequidades sociales profundas en Latinoamérica. Y ahí habita la paradoja: nunca antes hemos tenido tan cerca los recursos y la posibilidad de disminuir la brecha de las desigualdades y, sin embargo, se hacen más pronunciadas. Vive aquí, entonces, una gran contradicción como humanidad: los alivios están, pero escogemos la enfermedad.

Existe un período de la historia que resulta definitivo para constituirnos como las sociedades que somos, nos referimos a

la Ilustración. Y la Ilustración no puede contarse sin hacer referencia a estas páginas de Voltaire que retratan un intenso viaje por las regiones conocidas del mundo de esa época. Una travesía del protagonista que, al mismo tiempo, es un viaje interior. Profundo tratado sobre la naturaleza y el espíritu humano. Las ideas liberales, la democracia, no pueden contarse sin hacer alusión a la Ilustración. He aquí también otra de las claves de la vigencia de este Cándido.

Por eso en este *Habitar las Contradicciones* son abordados el bien y el mal, pero no como conceptos morales, sino como hilos constitutivos de un mismo tejido, uno y otro tan necesarios para la noción de equilibrio y existencia, en una lucha que ninguno ha de ganar, sino cuyo propósito es mantener la tensión despierta y nos recuerda las raíces éticas de acoger el pensamiento complejo para pensar y actuar en un mundo complejo. Ya hablábamos un poco de esto en el primer volumen de esta colección, en 2021, cuando, como en este instante en que Leila Guerriero y Voltaire conversan a través de sus textos, lo hicimos de igual manera entre Juan Villoro y Edgar Morin en *Habitar la Complejidad*.

Habitar es un verbo de conjugación constante para nosotros que, a la manera de Cándido, y la candidez como su derivado, revela una visión y una forma de asumir nuestra estancia en el planeta. Las contradicciones son parte de la complejidad que nos define. Abrazamos esto, así como Cándido abrazó su destino. Somos «humanos, demasiado humanos», como dijo Nietzsche en su día.

En tiempos en los que nos rodea la tiranía de la sonrisa, la imposición artificial de lo positivo y leve desde todo tipo de

constructos sociales, el reconocimiento de la fragilidad y la finitud, incluso de la derrota y la frustración como sentimientos inherentes a la existencia, son una reivindicación del mundo sensible y complejo que habitamos.

Voltaire supo hacer literatura con la filosofía. Por eso encontrarnos con él, leerlo, siempre es una invitación a reconocernos en el reflejo de nuestra humanidad, que bien retrata Leila Guerriero en sus postales contemporáneas. Cándido también es un espejo. Somos esta especie que aprende de los sueños, somos sociedades capaces de transformar realidades, somos individuos en los que habita la esperanza.

Latinoamérica es una región vital y vitalista, no en vano ha sido llamado el continente del futuro; las posibilidades de existencia del planeta cruzan por nuestros meridianos. Aquí el pensamiento es un motor.

La obra de Voltaire nos habla hoy, como un llamado a encontrarnos con nosotros mismos, con la contundencia de sus últimas líneas: «Hay que cultivar nuestro jardín». Y el jardín es el mundo y nosotros mismos, y el jardín es todo lo propio, también lo ajeno y lo que es de todos, y el jardín es cada paisaje, cada persona y el planeta mismo. Hay que cultivarlos. Hay que cultivarnos.

Un jardín en el tiempo

LEILA GUERRIERO

UN JARDÍN EN EL TIEMPO

LEILA GUERRIERO

En octubre de 2021, el escritor argentino César Aira concedió una entrevista al periódico *El País*, de España. Le preguntaron: «¿Y nos habrá servido para aprender algo bueno esta pandemia?», en referencia a la pandemia de covid-19. Aira respondió: «Me parece patético que traten de verle algo bueno a esta pandemia, que es lo peor sin atenuantes que nos ha pasado. Y todavía peor es que ha dado la ocasión, o la excusa, para llevar al paroxismo las prohibiciones y controles que ya venían acumulándose. Por mi parte, yo doy por terminada mi vida. No voy a adaptarme al nuevo mundo». Esa era su última respuesta. Pero la entrevistadora agregó una frase: «Intentaremos no creerle demasiado». Un consuelo, una palmada en el hombro. ¿Para quién? ¿Para Aira, que no parecía necesitarla, o para los lectores, para protegerlos con una capa de «no es para tanto» del hachazo bestial que la respuesta del escritor propinaba a la glaseada superficie que palabras como «resiliencia», «superación», y frases como «lo que sucede, conviene» extendieron sobre una tragedia que mató a más de 5 millones y medio de personas, dejó sin trabajo a 75 millones, aumentó la pobreza extrema por primera vez en 20 años (100 millones más viven con menos de 1,90 dólares al día, según datos del Banco Mundial), y elevó a niveles récord los casos de suicidio entre los jóvenes?

Cuando a comienzos de 2020 los países decretaban confinamientos estrictos, las terapias intensivas colapsaban, las bolsas con cadáveres se apilaban en las morgues y el tráfico aéreo se reducía casi a cero, circulaban por WhatsApp videos con títulos como «Gracias, covid-19». Mostraban imágenes de belleza excepcional —montañas, mares, selvas, animales salvajes—, mientras una voz articulada —con un punto escalofriante muy cercano al de la computadora Hal 9000, de *2001: odisea en el*

espacio, ese tono apacible que no es sinónimo de calma sino de psicosis— decía cosas como: «Gracias por obligarnos a detenernos, gracias por obligarnos a no seguir contaminando nuestros océanos, gracias por obligarnos a no seguir talando nuestros bosques», sobre una música que era una pista de patinaje hecha de suavizante para ropa con aroma a lavanda. Las redes sociales y los periódicos se llenaron con fotos de peces regresando a las aguas ahora transparentes de los canales de Venecia, de ciervos caminando por avenidas solitarias. Se dijo que la humanidad tomaría conciencia de su perniciosa responsabilidad en el cambio climático, que esto acabaría con la aceleración hiperbólica de la producción y el consumo. Se dijo: saldremos mejores. Se dijo: es el fin del capitalismo. Se dijo: seremos más solidarios. Se dijo: esto nos enseñará que las cosas importantes son el amor, la familia, el respeto hacia el otro.

No pasó mucho tiempo hasta que la realidad hundió sus garras en esas acolchadas idealizaciones: pronto estar juntos todo el tiempo se reveló enloquecedor, pronto la violencia intrafamiliar creció de manera alarmante (cientos de miles de mujeres y niños encerrados con sus castigadores), pronto quedó en evidencia que en grandes regiones del mundo muy pocos tenían conectividad para tomar clases virtuales. Empezaron a suceder cosas: en la localidad de Junín, provincia de Buenos Aires, Argentina, los vecinos, en una acción desinfectante y punitiva, quemaron la camioneta de un verdulero que había viajado a la capital para comprar mercadería y había contraído el virus; en la puerta de las viviendas de médicos y enfermeros los vecinos, en una acción delatora, pegaron carteles que decían: «¡Andate, nos vas a contagiar a todos»; en los accesos de miles de pueblos los vecinos, en una acción expulsiva, montaron terraplenes para impedir el paso de extraños.

Hubo un primer síntoma que perforó no tan tímidamente la creencia de que el sistema en que se había vivido hasta entonces estaba irremediablemente aniquilado: en una fecha tan temprana como abril de 2020, la firma de lujo Hermès reabrió su tienda de Guangzhou, China, en el centro comercial Taikoo Hui, y registró una facturación récord de 2,7 millones de dólares en un día. En 2021, a un año de comenzada la vacunación, poco más del 7 % de las personas en los países de ingresos bajos habían recibido una dosis mientras en los países de ingresos altos el porcentaje de vacunados llegaba al 75 %. Según un informe de Oxfam, en los dos años de pandemia los diez hombres más ricos del planeta duplicaron sus fortunas: su patrimonio pasó de 700.000 millones de dólares a 1.5 billones: ganaron 1.300 millones de dólares por día. Según la Cepal, la pobreza y la pobreza extrema alcanzaron en 2020 en América Latina niveles que no se habían observado en los últimos 12 y 20 años, respectivamente.

¿Qué viene a decirle a ese mundo un libro publicado en 1759, cuando no había internet ni *malls* ni aspiradoras robot ni aviones ni *influencers* ni televisión ni Superliga ni Elon Musk ni TikTok ni yoga para mascotas? La respuesta es: todo.

El *Cándido* habla del enfrentamiento, la disputa, la confrontación entre el optimismo y el pesimismo. Y eso, que podría parecer un problema de sujetos arcaicos con pelucas blancas y colorete en las mejillas que se dedican a discusiones doctas en salones con sillas de respaldos altos, no es otra cosa que la puja entre «lo que sucede, conviene» y la frase de Aira: «Esto es lo peor sin atenuantes que nos ha pasado». La puja entre dos visiones del mundo: el sufrimiento en la tierra compensado con una eternidad en el paraíso, o el sinsentido que subyace en

otras naturalezas humanas. En mucho menos de cien páginas, el *Cándido* monta esa pelea en tono de fábula, de sátira pícaro y oscura, y termina con una conclusión que podría resumirse en la idea pesimista más optimista del mundo que le pertenece al director de cine alemán Rainer Werner Fassbinder: «*Life is precious, even now*». O sea: la vida es preciosa —en el sentido de que es un don— incluso ahora. Aún en el fondo de este pozo.

Para entender eso hay que leer el libro. Y llegar a su majestuosa frase final.



Se enseña en el colegio: la Ilustración es un movimiento nacido en Europa a mediados del siglo XVIII que sostiene que sólo la razón puede desterrar la ignorancia, la superstición, la tiranía. Entre sus pensadores destacados se menciona, entre otros, a Diderot, D'Alembert, Rousseau y, claro, Voltaire. Para leer el *Cándido* no hace falta saber nada de todo eso. Ni qué es la Ilustración, ni quiénes fueron Diderot, D'Alembert o Rousseau. Ni siquiera hace falta saber quiénes fueron Voltaire o ese otro filósofo a cuyo pensamiento el *Cándido* es una reacción violenta, un señor que consideraba que el mundo era el mejor de los mundos posibles y se llamaba Gottfried Leibniz. Uno puede saberlo o no saberlo: en cualquier caso, quedará claro que Voltaire hubiera hecho un gran papel como polemista socarrón en alguno de esos programas de la tele con panelistas provocadores. ¿Quién puede

resistir a un libro que en su primer párrafo, al presentar al tal Cándido que vive en el castillo del barón de Thunder-ten-tronckh, dice: «Los criados más antiguos de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un honesto y buen hidalgo de la vecindad con quien la jovencita no había querido casarse nunca, en vista de que este no había conseguido probar más de setenta y un ancestros nobles en su árbol genealógico»? Sólo setenta y un ancestros nobles: el peso de la ironía empieza allí, planta el tono de todo lo que vendrá —que es mucho— y nos deposita de inmediato en una frase disparatada: «El señor barón era uno de los hombres más poderosos de Westfalia, ya que su castillo tenía, además de puerta, también ventanas. Incluso la sala estaba adornada con un tapiz». Después de eso, herederos: Mel Brooks y los Monty Phytton y todos los maestros del humor absurdo.



Trama resumida del *Cándido*: Cándido, probable hijo no reconocido de madre noble, vive en un castillo de Westfalia con la baronesa, el barón y los hijos de ambos: un niño y una niña llamada Cunegunda. Los tres menores están a cargo de un preceptor, un filósofo llamado Pangloss, que les enseña «la metafísico-teólogo-cosmólogo-tontología. Podía probar admirablemente que no hay efecto sin causa y que en este, el mejor de los mundos posibles, el castillo de monseñor el barón era el castillo más bonito, y su señora la mejor baronesa posible. “Está de-

mostrado —decía— que las cosas no pueden ser de otro modo, puesto que, en cuanto todo ha sido hecho con cierto fin, todo se dirige necesariamente al mejor fin”». Cándido y Cunegunda, ya adolescentes, despiertan al amor. Se besan detrás de un biombo. El barón los descubre y echa a Cándido a patadas del castillo. Los amantes quedan separados. Peripecias peripecias peripecias. Cándido cree que Cunegunda ha sido asesinada junto a toda su familia por una horda de soldados búlgaros. Luego se entera de que Cunegunda vive. La busca incansablemente por Europa y América. La encuentra. La vuelve a perder. La vuelve a encontrar. Se van a vivir juntos. Fin. Poca cosa, ¿no? Con esa «poca cosa» el libro ha viajado hasta hoy produciendo, en la hondonada de nuestro presente, ecos de variada intensidad.



¿Es Cándido el mejor personaje protagónico-secundario de toda la historia? Para interesados en mecanismos narrativos: ¿cómo funciona la maquinaria de un libro cuya trama reposa en la búsqueda que hace el protagonista de su amada por, literalmente, medio mundo, logrando, al mismo tiempo, que la del protagonista sea la historia menos relevante de todas en medio de las increíbles historias de los personajes secundario-protagónicos? A saber:

Pangloss: el maestro de Cándido, un optimista a ultranza al que le pasan las peores cosas —contrae sífilis, lo quieren coci-

nar en un caldero, lo ahorcan— y aun así insiste en que «vivimos en el mejor de los mundos posibles», porque, por ejemplo, «si Colón no hubiera contraído, en una isla de América, esta enfermedad —la sífilis— que emponzoña el manantial de la generación, y que a menudo la impide (...), no tendríamos (...) el chocolate». Puesto que el chocolate, claro, llegó a Europa desde América. Como la sífilis.

Cacambo: un criado que acompaña a Cándido durante su travesía por América. Es pragmático, no sabe qué es el optimismo ni le interesa. Se limita a hacer su trabajo. Habla «peruano» (*sic*), y por eso es capaz de entender y traducir a otro personaje, el gobernador de Eldorado, la ciudad mítica a la que llegan impensadamente luego de navegar un día entero por un río subterráneo. Allí descubren una sociedad próspera, altamente desarrollada desde el punto de vista científico y matemático, donde la gente usa capitas de plumas de colibrí y los niños juegan con piedras preciosas a las que no les dan ningún valor. Es un gran momento *sci-fi* de un libro que podría leerse como literatura de anticipación.

Vieja: la fiel cuidadora de Cunegunda. Es hija de un papa. Fue vendida como esclava en Túnez, donde la compró un comerciante que a su vez la vendió a otro en Trípoli, que la revendió a otro en Alejandría, que la revendió a otro en Esmirna, que la revendió a otro en Constantinopla. Tiene una sola nalga, un percance cómico que en realidad es consecuencia de una circunstancia atroz. Cuando Cunegunda se queja de sus desgracias —que son muchas—, la vieja la desafía a juzgar quién sufrió las peores. Dice Cunegunda: «Ay, querida mía, a menos que te hayan violado dos búlgaros, que te hayan dado dos cuchilladas en el vientre, que te hayan demolido dos de tus castillos, que te

hayan degollado ante tus ojos a dos padres y a dos madres, y que hayas visto a dos de tus amantes azotados en un auto de fe, yo no veo cómo puedas competir conmigo. Añade a eso que nací baronesa, con setenta y dos ancestros demostrados, y me tocó ser cocinera». Dice la Vieja: «Figúrese usted qué situación para la hija de un papa, a la edad de quince años, que en apenas tres meses haya sufrido la pobreza, la esclavitud, haya sido violada casi todos los días, haya visto descuartizar a su madre, que haya padecido el hambre y la guerra, y que se estaba muriendo apesada en Argel». Gana la Vieja. (Nota al pie: teniendo en cuenta la cantidad de violaciones y servidumbres que pasan las mujeres en el *Cándido*, ¿faltará mucho para que se lo acuse de misógino y se exija su exclusión de las clases de literatura por considerársele ofensivo y discriminatorio y completamente incorrecto?).

Cunegunda: la violan día por medio, la destripan, la venden como esclava, se amanceba con este y con el otro. Ella dice que está enamorada de Cándido pero, en verdad, muchas veces parece moverse por conveniencia.

Martín: el último en sumarse a la historia. Acompaña a Cándido en la búsqueda de su amada y contempla impávido su afán por encontrar pruebas que confirmen que vive en el mejor mundo posible. Resultaría ganador en una hipotética entrega de premios al mejor actor de reparto. Podría protagonizar una película dirigida por Clint Eastwood haciendo un personaje casi mudo, sentado en una roca, afilando su cuchillo, quizás interpretado por Harvey Keitel (o por Jeff Bridges en una re-visitación menos guarra de su gran Lebowski). Cínico, escéptico, descreído, habla poco, está convencido de que este es el peor de los mundos, pero deja que cada quien piense lo que quiera (hay permiso para imaginarlo buen mozo, aunque las únicas

descripciones físicas del *Cándido* hacen referencia al peso y la estatura de las personas). Tiene los mejores diálogos del libro. Dos de ellos se disputan el primer lugar: Diálogo 1: Martín y Cándido llegan a Venecia. Cándido está empeñado en confirmar que todo tiene sentido. No lo logra. Le pregunta a Martín: «¿Para qué fue creado este mundo?». Martín le responde: «Para sacarnos la rabia». Diálogo 2: Cándido expresa que mantiene la esperanza de encontrar a Cunegunda. Martín le dice: «Ojalá ella lo haga feliz algún día, pero tengo muchas dudas sobre esto». «Eres muy duro», le dice Cándido. «Porque he vivido», le responde Martín.

Cada uno de estos grandes personajes secundarios destaca sobre el telón de fondo de una miríada de otros que aparecen y desaparecen rapidísimo: Jacobo, el buen anabaptista que se ahoga en la bahía (Pangloss se niega a rescatarlo porque sostiene que seguramente la bahía ha sido creada para que el buen anabaptista se ahogue); las cuatro majestades destronadas; la marquesita a la que Cándido le saca y le pone las ligas; el senador Pococurante. Y, claro, el viejo campesino del final. El hombre que nos lleva a la majestuosa frase.



Cosas acerca de las que habla el *Cándido*: el tráfico de personas, el rechazo a los migrantes, la violencia contra las mujeres, los abusos sexuales dentro de la Iglesia, la discrimi-

nación, las epidemias, las guerras de los poderosos en las que combaten los más pobres, la explotación laboral, la estafa, la corrupción de la policía. ¿Les suena?



En junio de 2020, la revista *Nature* publicó un estudio que indagaba acerca de los posibles efectos que podrían tener los movimientos antivacunas en la pandemia: «La desconfianza en la experiencia científica es peligrosa. La oposición a la vacunación con una vacuna futura contra el SARS-CoV-2, el agente causal de covid-19, por ejemplo, podría amplificar los brotes como sucedió con el sarampión en 2019». Hasta comienzos de 2022 se habían aplicado 9.700 millones de dosis. Sólo 71 de cada 100.000 inoculados habían presentado efectos adversos. A fines de noviembre de 2021 una nueva variante, ómicron, se esparció por el mundo produciendo récord de contagios, pero debido a las vacunas los hospitales no se desbordaron y las muertes continuaron a la baja. En paralelo, el tenista serbio Novak Djokovic fue expulsado de Australia, donde había acudido a jugar el Open, puesto que no estaba vacunado (ni pensaba vacunarse). El cantante español Miguel Bosé decía que los inmunizantes terminarían «matándonos a todos», que los Gobiernos serían responsables de un «genocidio planetario» y que la variante ómicron era «un invento de los países». La rapera Nicki Minaj sostenía que sólo se pondría la vacuna cuando sintiera que se había «investigado suficiente», y aseguraba

que parientes suyos en Trinidad y Tobago dudaban de hacerlo porque tenían un conocido que había quedado impotente tras aplicársela. El actor Rob Schneider tuiteaba: «Simplemente di no... Y sigue diciendo que no... ¡Más de la mitad de la población estadounidense sigue diciendo no a esta terapia genética experimental no aprobada!». Por las redes sociales se esparcía la noticia de que la vacunación había producido 2.433 muertes fetales a mujeres gestantes, y millones de usuarios sostenían que las vacunas alteraban el ADN e incluían microchips rastreables: «Te dirán que los muertos por la vacuna son en realidad muertos por la nueva cepa, te dirán que todos los años habrá una nueva cepa, te dirán que esto no se termina hasta que todos estén vacunados, te dirán que quienes no nos vacunemos somos la causa de todos los problemas. ¿Vas a aceptar que nos persigan, que nos encierren, que nos obliguen a vacunarnos? ¿Vas a justificar todo esto por un virus asintomático del que nunca presentaron pruebas de su existencia?». Cinco millones de muertos, fosas cavadas en el suelo congelado de la isla de Manhattan, cadáveres en las calles de Guayaquil. Nada de todo eso resultó evidencia suficiente, prueba de la existencia del virus.

Ni siquiera hay que esforzarse para hacer una lectura actual del libro. Como si fuera un imán, se adhiere con facilidad a cualquier arista del presente. Cándido es un sujeto adoctrinado por un gurú, Pangloss, que lo transforma en un negador de la evidencia: lo echan de su casa, lo reclutan para pelear en guerras sanguinarias cuyo propósito le resulta ajeno, lo azotan, intentan quemarlo vivo, lo estafan, le roban, lo engañan, lo traicionan, Pero él sigue creyendo que este es el mejor de los mundos. Y lo cree porque su mente es joven, pero su cerrazón es la de alguien criado en una cueva: la de sus propias convicciones fortificadas

por las convicciones de quien piensa como él. «Está demostrado que las cosas no pueden ser de otro modo, puesto que, en cuanto todo ha sido hecho con cierto fin, todo se dirige necesariamente al mejor fin», dice Pangloss, y lo demuestra con este razonamiento: «A las piedras se las diseñó de tal modo que se las pudiera tallar, de manera que fuera posible fabricar castillos, y es así como monseñor posee un hermoso castillo». Esas son las gafas a través de las cuales Cándido mira el mundo: no se rinde ante la evidencia porque no la ve. Al principio no puede, después no quiere, y al final las dos cosas.



Pangloss, ahora. Él y Cándido llegan a Lisboa en el instante exacto en que el descomunal terremoto de 1755 deja a la ciudad en ruinas. Sobreviven, ayudan a los sobrevivientes, comen junto a ellos. «Los comensales aliñaban con lágrimas el pan». Pero Pangloss los consolaba, asegurándoles que las cosas no habrían podido ser de otra manera: «Porque, les dijo, todo esto no pudo haber sido mejor. Ya que, si hay un volcán en Lisboa, este no podría estar en otro sitio, pues es imposible que las cosas dejen de estar donde están, y por lo tanto todo está bien». Después explica los motivos del terremoto: «Debe haber una veta de azufre subterránea que va de Lima a Lisboa». Su interlocutor, un marinero, le dice que es probable. Pangloss zanja la cuestión: «Yo sostengo que la cosa está demostrada».

En la película *Desde el jardín*, una adaptación de la novela *Being There*, de Jerzy Kosinski, Peter Sellers interpreta a Chance, un hombre con cierto retraso cognitivo que se desempeña como jardinero en la casa de un millonario que vive en Washington. Chance nunca ha salido de esa casa. Sus días transcurren entre el jardín, que cuida amorosamente, y la televisión: todo lo que conoce, lo conoce a través del aparato. Un día el millonario muere y Chance queda en la calle. Incauto, indefenso, es atropellado por el auto de otro magnate, Ben Rand. Rand lo lleva a su mansión para que se recupere. Chance responde a sus preguntas con cuestiones de jardinería: el abono, la poda, el riego. Rand cree que esas respuestas son parábolas de un sabio y decide presentarle su protegido al presidente de los Estados Unidos, de quien es asesor. El día de la reunión, el presidente le pregunta a Chance qué opina de la situación de Wall Street. Chance dice: «En todo jardín hay una época de crecimiento. Existe la primavera y el verano, pero también el otoño y el invierno, a los que suceden nuevamente la primavera y el verano. Mientras no se hayan seccionado las raíces, todo está bien y seguirá estando bien». El presidente queda en éxtasis: «Debo reconocer que hace mucho, mucho tiempo no escucho una observación tan alentadora y optimista como la que acaba de hacer». A partir de ese instante, Chance se transforma en una estrella: participa de reuniones con altos funcionarios, lo entrevistan en un programa de televisión en el cual sus consejos sobre jardinería son interpretados como una lúcida opinión política.

Pangloss, que demuestra sus teorías con argumentos del tipo «es así porque no puede ser de otra manera», es un genio a los ojos de Cándido; Chance, un jardinero bonachón y un poco lento, es un sabio a los ojos de todo el país. No se trata de Pan-

gloss ni de Chance, sino del valor que otros deciden darles a sus acciones en el mercado.

Desde enero del 2017, un magnate de pelo desconcertante gobernó por cuatro años la mayor potencia del planeta diciendo cosas como: «El concepto de calentamiento global fue creado por los chinos para volver a la industria manufacturera estadounidense poco competitiva». Buena parte de la población decía: «Esto no puede estar sucediendo». Probablemente, esa misma parte de la población pensaba que el Reino Unido jamás votaría a favor de salir de la Unión Europea y que era imposible que ganara el No a la paz en Colombia. Lo que nos lleva a Facebook (y a las redes sociales en general).

El diario satírico *The Onion* publicó hace algunos años este título: «Un horrible error en el algoritmo de Facebook provoca la exposición a nuevas ideas». Según un artículo de *Vanity Fair*: «Gracias a complejos algoritmos que personalizan el contenido digital hasta el extremo, las redes sociales y los buscadores han creado infinitos universos adaptados a los gustos de cada persona, pequeños cubículos en los que todo concuerda con las opiniones de cada uno y mantienen al usuario en un estado de confort dentro de su mundo perfecto. Eli Pariser (un activista y emprendedor norteamericano) observó este fenómeno en 2011 y lo bautizó como “el filtro burbuja”, el efecto de la personalización radical en la eliminación de opiniones discordantes. ¿Sorprendido por la victoria de Trump? La mitad de Estados Unidos se llevó las manos a la cabeza el 8 de noviembre, preguntándose, ¿cómo ha podido ganar, si no había nadie que lo apoyara? Pero sí que lo había, en concreto, 62 millones de personas que también vivían aislados en su propia burbuja de noticias anti-Hillary Clinton».

Cándido vive aislado en su propia burbuja de noticias anti-pesimismo y, cada vez que la realidad amenaza con perforar el escudo protector de esa burbuja, es exitosamente repelida con un mecanismo simple y eficaz: la negación. En un pasaje, Cándido y Martín están en Venecia. Cándido ha escuchado que el senador Pococurante «es un hombre que nunca ha tenido ninguna pena», y quiere conocerlo para comprobar que al menos una persona vive en el mejor de los mundos posibles. Van a su residencia. El hombre los recibe amigablemente, les ofrece un desayuno. Luego de comer, Cándido recorre la casa y descubre unos cuadros que le parecen hermosos. Pregunta quién los pintó. «Son de Rafael», dice el senador, «los compré muy caros, por pura vanidad, hace algunos años: se dicen que son de lo más bello que hay en Italia, pero a mí no me gustan nada: el color se ha ido oscureciendo, las figuras no están bien redondeadas, ni sobresalen lo suficiente. Los drapeados no parecen una tela de verdad». Antes de la cena, Pococurante obsequia a sus huéspedes un concierto que deja a Cándido deslumbrado. El senador dice: «Este ruido puede entretener una media hora, pero si dura más tiempo, fatiga a todo el mundo, así nadie se atreva a confesarlo. Hoy en día la música no es sino el arte de ejecutar cosas difíciles, y lo que es difícil y nada más, deja de gustar a la larga». Más tarde entran a la biblioteca y Cándido elogia un ejemplar de Homero. El senador dice que no le da ningún placer y que esas «permanentes repeticiones de combates, todos muy parecidos; esos dioses que viven interviniendo siempre y al final no hacen nada decisivo (...) todo eso me produce un aburrimiento mortal». De inmediato arremete contra Virgilio, contra Horacio, contra Cicerón. Al ver un volumen de Milton, Cándido le pregunta si no considera que ese autor es un gran hombre. «¿Semejante bárbaro que para comentar el primer capítulo del Génesis escribe sobre él diez

libros en versos duros?». Cándido, que ha sido «educado para que no juzgara nunca nada según su propio criterio», queda azorado ante el criterio del senador: un criterio propio. Algo atraviesa su «filtro burbuja», una molestia que hay que olvidar rápidamente. Y decide que el senador es «el más feliz de todos los hombres, puesto que está por encima de todo lo que tiene». Que la realidad no te arruine un buen posteo.



El filósofo español Julio Quesada publicó en 1999 un artículo en *El País*, de España, titulado «El terremoto y la filosofía», referido al *Poema sobre el desastre de Lisboa* que escribió Voltaire luego del terremoto de 1755. Dice Quesada que a Voltaire «le repugna el trueque que se hace del horror del presente por un futuro, la bendición filosófica del mal por el finalismo con el que se alumbra la propia razón, gorda y autosatisfecha de tanta armonía preestablecida. Le horroriza pensar que podamos acomodarnos en la gran cadena del Ser por la que nuestros sufrimientos reciben al final el premio: no os preocupéis, hijos míos, vuestros hogares se destruyeron por la felicidad del mundo». Esos conceptos estallan y se expanden en el *Cándido*, que es una afrenta permanente a la Iglesia católica: los curas son ladinos, ladrones, libidinosos, los papas engendran hijas en secreto, los frailes se revuelcan con muchachitas y muchachitos. Voltaire recorre el espinel de los pecados capitales y hace que papas, monjes y curas los cometan todos: soberbia, avari-

cia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza. (En 1926 el periodista, abogado y escritor chileno Jenaro Prieto escribió una novela llamada *Un muerto de mal criterio*. En ella, un juez debe seguir impartiendo justicia después de fallecido decidiendo quién va al cielo, quién al limbo, quién al purgatorio y quién al infierno. Algunos de los juicios que esperan su fallo son «Atahualpa contra Francisco Pizarro, por cobro de pesos», «Tutankamón contra lord Carnarvon, por violación de domicilio» y «Juana de Arco contra Voltaire, por querrela por calumnias»).

Breve digresión para entender: este es un libro que hace lo que le da la gana. En el inicio, como ya se dijo, Cándido se entera de que una horda de soldados búlgaros entró al maravilloso castillo del barón, violó a varios de sus habitantes y los mató a todos: barón, baronesa, hijos y Pangloss. Sin embargo, páginas más adelante Pangloss reaparece, machacado pero vivo, igual que Cunegunda —que al fin de cuentas «sólo» había recibido dos enormes cortes en el vientre—, y el hermano de esta. Los personajes mueren y resucitan con la facilidad con que lo hacen el coyote, Blancanieves o la bella durmiente (lo que suma al libro buena parte de la vitamínica cuota de burla desfachatada que insufla las velas de su espíritu).

Volviendo: todavía convencido de que todos están muertos, Cándido se topa con un mendigo: «Un pobre sifilítico cubierto de llagas, con la mirada muerta, carcomida la punta de la nariz, con la boca torcida, los dientes negros, la voz gangosa, atormentado por una tos espantosa y escupiendo una muela en cada espasmo». Pero es Pangloss, que se le echa al cuello y le cuenta cómo se contagió la sífilis: a través de Paquita, una de las criadas del castillo. Dice: «Paquita recibió el regalo de parte de un franciscano cultísimo que fue capaz de remontarse

al origen de su enfermedad, pues él la había contraído de una vieja condesa, que había sido infectada por un capitán de la caballería, quien a su vez la adquirió de una marquesa, a quien se la pegó un paje, cuyo mal había entrado en él por obra y gracia de un jesuita, el cual, siendo novicio, la había recibido por línea directa de uno de los marineros de Cristóbal Colón». Más adelante, Cacambo guía a Cándido hasta las misiones jesuíticas de Paraguay y le comenta: «Hay una cosa admirable en estas reducciones de indios. El reino tiene ya más de trescientas leguas de diámetro; está dividido en treinta provincias. Los Padres son los dueños de todo, y el pueblo de nada; es la obra maestra de la razón y de la justicia. Para mí, yo no conozco nada tan divino como Los Padres, que pelean aquí la guerra contra el rey de España y el rey de Portugal, y allá en Europa confiesan a esos mismos reyes; que aquí matan españoles y en Madrid los mandan al cielo: esto me encanta». En ese viaje por América, Cándido se reencuentra con el hermano de Cunegunda, que ha sobrevivido a la matanza en el castillo auxiliado por los jesuitas: «Me socorrieron y de ahí a tres semanas estaba curado. Usted sabe, mi querido Cándido, que yo era muy bien parecido. Quedé mejor después y fue así que el reverendo padre Croust, superior de la casa, sintió por mí la más amistosa ternura».

En 2019, el presidente de México, López Obrador, envió una misiva a la Corona española para solicitar que ofreciera una disculpa a los pueblos originarios de México por los abusos cometidos durante la conquista. El Gobierno español la rechazó. En 2021, al cumplirse 200 años de la independencia de México, el papa Francisco envió una carta pidiendo perdón por los pecados cometidos por la Iglesia en ese país: «Tanto mis antecesores como yo mismo hemos pedido perdón por los pecados personales y sociales, por todas las acciones u omisiones que

no contribuyeron a la evangelización». Entre 1941 y 2019, 175 menores sufrieron abusos sexuales en manos de los Legionarios de Cristo, la congregación fundada en México por Marcial Maciel. En octubre de 2021, una comisión independiente reveló que en Francia 216.000 menores fueron víctimas de abusos sexuales por parte de sacerdotes y religiosos desde 1950.

Todo esto para decir que, en el siglo XVIII, Voltaire ponía en el centro de la discusión temas como las consecuencias de la conquista, los derechos de los pueblos originarios y el abuso sexual dentro de la Iglesia que llegaron al foco del debate recién 263 años más tarde. El *Cándido* como libro de anticipación (y como «queda-claro-que-después-de-dos-siglos-y-medio-no-hemos-entendido-nada»).



Cándido llega a Surinam. Un hombre al que le faltan la pierna izquierda y la mano derecha le explica el origen de sus mutilaciones: «Cuando trabajamos en los trapiches, si la muela del molino nos machuca un dedo, nos cortan la mano; si intentamos escapar, nos cortan una pierna: me pasaron las dos cosas. Este es el precio al que ustedes consumen azúcar en Europa». Es un momento grave, porque ante esa historia abominable Cándido parece *shockeado* y dispuesto a renunciar al optimismo. Sin embargo, lo olvida en el acto para seguir buscando a Cunegunda. Conclusión: ni la tragedia más horrible,

mientras sea ajena, puede desviar a un hombre de sus intereses (lo cual lleva, nuevamente, a pensar en todos esos mensajes optimistas y pandémicos que hablaban de una humanidad mejorada, y a contrastarlos con los datos del informe anual de la agencia de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) que se conocieron en 2021 y señalaron que 2020 fue el noveno año consecutivo de aumento de refugiados y desplazados, de modo que en la actualidad hay más del doble de personas desplazadas de manera forzosa que hace una década).



El *Cándido* como una de esas películas coreanas con sangre a chorros y torturas de toda clase. O como una película que homenajea y parodia a esas películas, específicamente *Kill Bill*, específicamente la escena en la que Beatrix Kiddo da con el paradero de su enemiga O-Ren Ishii y para llegar a ella mutila y degüella a los miembros de la pandilla de los 88 Maníacos, incluida Gogo Yubari, guardaespaldas personal y mejor asesina de O-Ren Ishii, una tipa espeluznante y loca que empuña una bocha de metal repleta de navajas y a quien Beatrix Kiddo despacha atravesándole la pata de una silla en la cabeza (Gogo Yubari muere derramando inolvidables lagrimitas de sangre). En el libro hay pilas de cadáveres, canibalismo, ahorcados, asados vivos, violaciones permanentes. Para ser una fábula, es bestial. Este es el pasaje *gore* en el que Cándido contempla el pueblo de los ávaros arrasado por los búlgaros: «Allí unos ancianos acribi-

llados de heridas veían morir poco a poco a sus esposas degolladas, mientras estas intentaban que los niños siguieran chupando sus pezones ensangrentados; un poco más allá yacían con el vientre abierto las jóvenes que habían saciado las necesidades naturales de algunos héroes, y lanzaban su último suspiro; otras, a medio quemar, pedían un tiro de gracia. Esparcidos sobre la tierra se veían cerebros, al lado de piernas y brazos cortados».



Al comienzo del libro, uno de los personajes puramente bondadosos, Jacobo, el anabaptista, le dice a Pangloss: «Tiene que ser que los seres humanos hayan corrompido algo la naturaleza, porque sin haber nacido lobos, se han vuelto lobos». Pangloss responde: «Esto es indispensable, pues las desgracias particulares producen el bienestar general, de modo que cuantas más desgracias particulares haya, mejor todo lo demás».

El 1 de enero de 2022, el diario argentino *La Nación* publicó una historia titulada «Tiene 16 años: un invento le cambió para siempre su huerta familiar: integrante de una familia numerosa en una aldea de Entre Ríos, Rodrigo Farías ideó una bomba para extraer agua dulce».

Rodrigo Farías tiene 16 años y 14 hermanos. Vive en un paraje habitado por apenas 30 familias en el interior de la Argentina. Estudia en una escuela rural, a cuatro kilómetros de su casa, a

la que va caminando. Hasta 2019 ayudó a su madre a sembrar, regar y desmalezar la huerta, pero a fines de ese año su madre y uno de sus hermanos murieron en un accidente de tránsito. La nota dice: «Para Rodrigo fue difícil esa pérdida pero supo transformar su dolor en algo reconfortante: en honor a ella y como legado, se propuso no solo continuar con la huerta sino aumentar la superficie a sembrar». Surgió un inconveniente: no había agua para regar una superficie mayor: toda la que tenían, incluso para su consumo, debían acarrearla en bidones que llenaban en un tanque comunitario. Entonces, Rodrigo «se puso manos a la obra y a pala limpia hizo un pozo de seis metros de profundidad hasta que encontró agua. Puso un caño de 110 y adentro uno más fino, le pasó una cuerda y cada 50 centímetros le ató unas gomitas. Ya en la superficie armó un sistema de bombeo manual con una polea y una rueda de bicicleta vieja que encontró tirada. La alegría fue inmensa al ver que su invento funcionaba. Está contento con su construcción porque ya no tiene que ir día por medio a buscar agua al tanque comunitario. Ahora, en su casa, su familia ya tiene agua para consumir. (...) Todas las tardes, Rodrigo trabaja los surcos, cuidando cada plantín que nace. Mientras saca los yuyos que crecen y se fija que no ataquen las hormigas y los caracoles, sueña con seguir progresando en su pasión que es la agricultura. Sabe que solo está en él proponérselo».

Traducción: un adolescente pobre, que camina cuatro kilómetros de ida y cuatro de vuelta para ir a la escuela, queda huérfano, decide agrandar la huerta que cuidaba junto a su madre y, para hacerlo, se ve obligado a inventar una bomba precaria para extraer agua (un suministro que debería garantizarle el Estado).

Cándido dice, en el *Cándido*: «No hay efecto sin causa, cada cosa es como el eslabón de una cadena, la cual está ordenada

de modo tal que conduce necesariamente a lo mejor. Fue necesario que me echaran del lado de la señorita Cunegunda, que fuera azotado, fue necesario que mendigara el pan hasta que me lo pudiera ganar por mí mismo. Y todo esto no podía ser de otra manera».

Pangloss diría: «Todo sucede en el mejor de los mundos posibles: si la madre no se hubiera muerto este adolescente no hubiera sentido deseos de agrandar la huerta y por tanto no hubiera necesitado la bomba y por tanto aún estaría acarreado agua desde el tanque comunitario».

Martín diría: «Hay que callarse».

El optimismo, podría decir Voltaire, es reaccionario.



O, volviendo al cine, *Cándido* es un libro brutal —sobre la ferocidad de la naturaleza humana— y, al mismo tiempo, una inesperada precuela dieciochesca de *Forrest Gump*, esa película de 1994 dirigida por Robert Zemeckis, protagonizada por Tom Hanks, que cuenta la vida de un nativo de Alabama con una leve discapacidad intelectual que aparece, sin proponérselo, en muchas circunstancias trascendentes de la historia contemporánea de Estados Unidos: la guerra de Vietnam, una manifestación pacifista en el National Mall de Washington (hasta se cruza con John Lennon en un programa de televisión al que

lo invitan). Cándido, como Forrest, aparece en situaciones de gran relevancia para su época: experimenta el horrible terremoto de Lisboa (la catástrofe del momento), está a punto de ser quemado vivo en un auto de fe de la Inquisición (la institución del momento), da inesperadamente con la mítica ciudad de Eldorado (el mito del momento). Es, como Forrest, alguien torpe que hace todo mal, que toma las peores decisiones. Y, como Forrest, nos cae irremediamente bien. En las páginas finales, la convicción de Cándido empieza a perder fuerza —«Dijera lo que dijera el maestro Pangloss, yo muchas veces me di cuenta de que todo iba muy mal en Westfalia»—, pero Voltaire se detiene apenas antes de que su personaje caiga en el descreimiento, y el milagro extra se mantiene: su tozudez no resulta irritante. Produce risa, piedad, simpatía, deseos de socorrerlo.



No hay sujetos probos (y, si los hay, mueren pronto, como Jacobo, el anabaptista). Quienes aparentan ser bondadosos resultan despreciables: el eunuco de Nápoles que simula ayudar a la vieja, pero termina vendiéndola como esclava. Cándido mismo se transforma en asesino matando a un judío y a un miembro de la Inquisición que comparten a Cunegunda como sierva y esclava sexual. Ella le echa en cara: «¿Cómo has sido capaz, tú que naciste tan manso, de matar en dos minutos a un judío y un prelado?», y él responde: «Mi bella señorita, cuando uno está enamorado, celoso y azotado por la Inquisición,

se desconoce». Ya muy avanzada la narración, todos están en Buenos Aires y el gobernador de ese sitio le ofrece casamiento a Cunegunda. La chica duda y la vieja le da un consejo de oportunismo problemático: «¿Pretende usted aparentar una fidelidad a toda prueba? Usted fue violada por los búlgaros, un judío y un inquisidor quisieron disfrutar de sus favores: las desgracias confieren derechos. Le confieso que, si yo estuviera en su lugar, no tendría ningún escrúpulo en casarme con el señor gobernador y en conseguir que el señor capitán Cándido se vuelva rico».

En su mecanismo delirante, con un personaje que enlaza su destino de maneras absurdas al de sujetos increíbles a ambos lados del Atlántico, que logra salir de Eldorado gracias a una máquina gigantesca que los habitantes de esa ciudad inventan en apenas quince días, el *Cándido* recuerda a películas como *Las aventuras del barón Münchhausen*, de Terry Gilliam, y a libros como *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. Pero a lo que más se asemeja, con sus buenos/malos y sus malos/buenos, es a la vida.



Si el *Cándido* plantea una disputa entre optimismo y pesimismo, 263 años más tarde, ¿quién ganó?

A la pregunta convencional «¿cómo estás», la respuesta automática es «todo bien». No «bien». No «razonablemente bien». No «aceptablemente bien». No, «todo bien». El poeta español

Miguel Hernández lo dijo en los años 30 con este verso: «Yo sé que ver y oír a un triste enfada». Casi un siglo después, no hay espacio para los que andan con el ánimo por el piso. La vida ideal es una pradera de bienestar megahormonado. Hay que estar bien, la felicidad no es búsqueda sino mandato, y sentirse arrojado al vacío de la existencia es tan demodé como el exceso de espray para el pelo. En su libro *La sociedad paliativa*, el filósofo coreano Byung-Chul Han sostiene que vivimos en una sociedad que ha desarrollado fobia al dolor y que el imperativo «sé feliz» es el resultado de una exigencia de rendimiento ultracapitalista: los tristes no producen. «Nada debe doler —escribe Chul Han—. No sólo el arte, sino la propia vida tiene que poder subirse a Instagram, es decir, debe carecer de conflictos y contradicciones que pudieran ser dolorosos».

Google arroja 92.300.000 resultados para la palabra optimismo en español y 3.500.000 para pesimismo. Si la búsqueda se hace en inglés, aparecen 69.400.000 resultados para *optimism* y 6.800.000 para *pessimism*. Si se hace en francés, aparecen 11.200.000 resultados para *optimisme* y 1.810.000 para *pessimisme*. En alemán se mantienen las proporciones.



Son todos infelices, al final. Cándido se reencuentra con Cunegunda y empiezan a vivir en una finca junto a Pangloss, la vieja, Cacambo y Martín. Pero ya nada es como era. El carácter

de Cunegunda se ha vuelto agrio, la vieja está enferma y se ha tornado insoportable, Pangloss se siente frustrado por no poder «brillar en ninguna universidad alemana», Cacambo maldice su destino de trabajador eterno (le toca ir a vender legumbres a Constantinopla), Martín sigue «firmemente convencido de que uno está igual de mal en todas partes» (tantos años más tarde, Constantino Kavafis, poeta griego nacido en 1863, escribió, en un poema célebre llamado *La ciudad*, esta ampliación portentosa de esa idea: «No hallarás otra tierra ni otro mar. / La ciudad irá en ti siempre. Volverás / a las mismas calles. Y en los mismos suburbios llegará tu vejez; / en la misma casa encanecerás. / Pues la ciudad es siempre la misma. Otra no busques —no la hay— / ni caminos ni barco para ti. / La vida que aquí perdiste la has destruido en toda la tierra»). Están aburridos. La placidez no les trae felicidad sino lo contrario. La vieja, indignada por el aburguesamiento, derrama la efervescencia de su espíritu antisistema con esta frase gloriosa: «Yo quisiera saber qué es peor: ¿qué te violen cien veces unos piratas negros y que te corten una nalga, que te apaleen con varas los búlgaros, que te azoten y te ahorquen en un auto de fe, que te hagan una disección, que haya que remar en las galeras, en fin, que hayamos tenido que soportar todas las desgracias por las que hemos pasado todos nosotros, o tener que quedarnos aquí sin hacer nada?». La vida transcurre, insoportable. Un día, Cándido, Pangloss y Martín regresan a la finca y ven a un viejo tomando el fresco en la puerta de su casa. Los invita a pasar. Tiene dos hijas y dos hijos. Les ofrece café y sorbetes que hacen ellos mismos. Los visitantes asumen que el hombre posee una gran superficie de tierra, pero no: «Solo tengo once cuadras —les dice—, las cultivo con mis hijos: el trabajo nos aleja de tres grandes males: la pereza, el vicio y la necesidad». Se van con la sensación de haber entendido algo.

Entonces llega la frase. Es una de esas frases invencibles que se esperan con la respiración contenida como cuando, en el final de *Lo que el viento se llevó*, Scarlett O'Hara le pregunta a Rhett Butler: «Si te vas, ¿adónde iré yo, qué será de mí», y él responde: «Francamente, querida, eso me importa un comino». Son frases de existencia mítica, que atraviesan el tiempo y hacen que una obra se incruste en el corazón de los clásicos.

Después de haber estado en la casa del viejo campesino, Cándido, Pangloss y Martín vuelven a la finca, reflexivos. El libro aquietta sus pulsaciones, aminora su taquicardia continua. Martín dice: «Trabajaremos sin pensar: es el único modo de volver soportable la vida». Pangloss hace una larga disquisición que, por una vez, resulta casi racional y conmovedora. Y en ese momento, sereno, apacible, colmado de templanza, Cándido dice: «Eso está muy bien dicho, pero hay que cultivar nuestro jardín». Y así termina.



Créditos

Un jardín en el tiempo

Leila Guerriero

Autor

© De esta edición:

Grupo de Inversiones
Suramericana S.A. Grupo SURA

Gonzalo Alberto Pérez Rojas
Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid
Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas
Presidente de SURA Asset
Management

Coordinación editorial
Laura Velásquez
Juan Fernando Rojas
Mónica Guarín Montoya

CRÉDITOS

LEILA GUERRIERO

Asesoría editorial, edición
y diseño gráfico

Mesa Estándar
Juan David Díez
Miguel Mesa
Verónica Montoya
Manuela Sánchez
Ana María Lozano

Corrección de estilo y cuidado
de la edición

Catalina Trujillo

Ilustraciones

Alejandro García

Impresión

Taller Artes y Letras S.A.S.

ISBN

978-958-53746-3-8

Primera edición, marzo de 2022

Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la
autorización escrita de los editores,
bajo las sanciones establecidas en
las leyes, la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento.





EL TERREMOTO DE LISBOA

El terremoto de Lisboa, del año 1755, fue considerado hasta principios del siglo XX como una de las catástrofes más agudas que ha sufrido el ser humano. Por su nivel de destrucción, letalidad y afectación psicológica ha sido comparado con el holocausto judío de la Segunda Guerra Mundial y, como la peste bubónica que ha azotado al mundo en varias ocasiones, también empieza a ser recordado en medio de la pandemia actual del coronavirus. Se trata de desgracias enormes que han dejado pérdidas lamentables, pero, paradójicamente, han traído también grandes aprendizajes, avances científicos importantes y un conocimiento más profundo de la naturaleza humana y planetaria. El terremoto de Lisboa fue el primero que se estudió científicamente y marcó las bases de la sismología moderna.

"The Lisbon earthquake as depicted in a Czech broadside, 1755". Kamemicky, Jan. Woodcut, Bohemia. Tomado de: Jan Kozak Collection. The Earthquake Engineering Online Archive - NISEE e-Library. <https://nisee.berkeley.edu/elibrary/Image/KZ142>

Este libro fue impreso en marzo de 2022 en Medellín, en el Taller Artes y Letras S. A. S.

Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia tipográfica Sabon, diseñada por Jan Tschichold, en 1967. También se usó la fuente Unit Pro, diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz, en 2003. El tiraje fue de 1000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.